

La proyección internacional del Partido Comunista de Argentina durante la última dictadura militar (1976-1983).

Casola Natalia.

Cita:

Casola Natalia (2011). *La proyección internacional del Partido Comunista de Argentina durante la última dictadura militar (1976-1983)*. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/326>

Mesa 50**Nombre de la mesa:** Historia de la dictadura miliar (1976-1983)**Coordinadores:** Gabriela Aguila y Daniel Luvovich**Título de la ponencia:** La proyección internacional del Partido Comunista de Argentina durante la última dictadura militar (1976-1983)**Autora:** Casola Natalia**Pertenencia institucional:** PHO-FFyL-UBA/Conicet.**DNI** 29.258.871**Correo:** nataliacasola@hotmail.com

La política desarrollada por el Partido Comunista de Argentina (PCA) durante la última dictadura militar aun no fue explorada en todas sus implicancias por la investigación académica. A pesar de haber sido objeto de temprano interés, en general, los trabajos que posaron la atención sobre este partido lo hicieron a partir de sus posiciones más generales, el programa de “convergencia cívico militar”, y tendieron a vincularlas y reducirlas a las posturas sostenidas por la Unión Soviética. Como se sabe, esta última, fue aliada de la Junta Militar, tanto por sus vínculos comerciales como por los apoyos políticos mutuos. Por lo tanto, la distinción política que los comunistas argentinos hacían entre militares “moderados” y “fascistas” afirmando que Videla expresaba a los primeros, fue leída en términos de subordinación a una “línea” elaborada en Moscú.¹

Sin embargo, la asunción de tal explicación no solo implicaba negar toda independencia política a los comunistas nativos, considerados de este modo como un apéndice del PCUS, si no que dejaba sin resolver, como bien señalaron posteriores trabajos, por qué razón la política de “convergencia cívico militar” fue definida con tres años de antelación a la firma de los convenios comerciales entre ambos Estados.² Esa diferencia de tiempo venía a sugerir la desvinculación de la posición del partido nativo con las supuestas directivas de Moscú.

Es incuestionable que el PCA venía reflexionando en torno a las divisiones al interior de las Fuerzas Armadas y las posibles perspectivas que cada una de ellas planteaba si llegaban al poder. De modo que el mantenimiento de la línea de “convergencia cívico militar” emergía como una resultante de la caracterización según la cual el pinochetismo no habría

conseguido hacerse del poder. El “posibilismo” como estrategia política era llevado al extremo y de allí se derivaba la preferencia por la continuidad de Videla en la cabeza del gobierno. En consecuencia, parece lógico afirmar que inicialmente no existió una imposición de la URSS al respecto, o al menos, si hubo presiones, no planteaban una ruptura con la política que el PCA venía desarrollando desde la muerte del General Perón en julio de 1974.

Por su parte, como ha sido señalado por la totalidad de los autores, es incuestionable que la URSS actuaba en función de sus propios intereses estatales y, al igual que en otros periodos, mantenía relaciones con el PCA pero también con otros actores políticos, incluidas las Fuerzas Armadas en el gobierno.

De modo que lo que puede constatarse es una confluencia de intereses entre el comunismo nativo y el soviético facilitada por la adhesión histórica del PC local a la política internacional de la URSS en nombre de la defensa del mundo socialista como interés supremo del proletariado mundial.

Con el propósito de continuar indagando en el debate, la presente ponencia se preocupa por conocer la traducción práctica que la política del PCA tuvo en el plano internacional, es decir, en el terreno privilegiado de la acción moscovita en relación con Argentina. Se intenta, al desplazarse del plano comercial, encontrar nuevos elementos que permitan echar luz sobre los pliegues de esa relación triangular, que tiene por vértices al PCA, la URSS y la Junta Militar. Para ello, se abordan tres problemáticas entrelazadas pero distintas. En primer lugar, reconsidera la relación entre la URSS y la dictadura argentina a partir su accionar conjunto en los foros internacionales. Aunque se coincide con Gilbert en que la posición del PCA no debería interpretarse como una derivación de las relaciones comerciales entre ambos países, el trabajo relativiza las pruebas ofrecidas por el autor en cuanto afirma que los vínculos bilaterales fueron tensos hasta 1978. Al contrario, el examen de la actuación soviética en Naciones Unidas revela elementos de cooperación desde 1976. En segundo lugar, la ponencia analiza las caracterizaciones que el partido local hacía sobre la situación internacional y su traducción práctica. Se intenta determinar la influencia de la Unión Soviética considerando, al mismo tiempo, las áreas de contradicción que suscitaba. Finalmente, el análisis de la lógica interna de la política partidaria en el plano internacional conduce al examen de un tercer elemento: la relación con lo que se conoce genéricamente

como el movimiento de denuncia argentino en el exterior; es decir se consideran los acuerdos y desacuerdos, las alianzas concretadas y las rivalidades establecidas con otras fuerzas políticas en el exilio, especialmente Montoneros y PRT, pero también con las organizaciones de exiliados y organismos de derechos humanos cuya proyección internacional fue cobrando importancia con el paso del tiempo.

Los aportes presentados en este trabajo son parte de una investigación mayor, aun en curso sobre el accionar del PCA entre 1975 y 1983. Para su elaboración se consultaron fuentes documentales y se apeló a los registros orales sin los cuales no sería posible la reconstrucción de este capítulo de la historia reciente.

a. La URSS y las Naciones Unidas

Con la asunción de Carter en enero de 1977 a la presidencia de Estados Unidos se produce un giro en la política exterior de ese país. El contexto de crisis desatada luego de la derrota de Vietnam, los efectos del derrumbe económico y los escándalos internos como el caso Watergate, favorecían el fin la política de “distención” y “contención” llevada adelante por los gobiernos de Nixon y Ford.³ La necesidad de recuperar legitimidad y credibilidad empujaron a Carter a asumir un cambio de dirección sintetizado en el énfasis puesto en la lucha por la paz y los derechos humanos. Hacia fines de 1977 América Latina, regada de dictaduras militares, se transformó en foco de la atención norteamericana. Entre las herramientas utilizadas se encontraba la diplomacia, bilateral o multilateral fundamentalmente a través de las Naciones Unidas (ONU) y en la Organización de los Estados Americanos (OEA). Simultáneamente, ejercía presión aplicando sanciones económicas.⁴ De modo que el cariz que adoptaba la política exterior norteamericana entraba en directa contradicción con el programa de exterminio llevado adelante por el Estado Terrorista en Argentina.⁵ Este principio de fricción fue explotado por la Unión Soviética que asumió la defensa del régimen argentino, contrastándolo con las aberraciones producidas en el Chile de Pinochet y la complicidad de Estados Unidos en ese golpe.

La URSS perseguía, en su intervención internacional, dos objetivos: en relación a la escena latinoamericana, buscaba debilitar el sistema de alianzas entre la potencia occidental y los gobiernos de la región, en un contexto donde su propia influencia se había visto dañada tras el golpe en Chile. De allí que uno de los aspectos distintivos de su política internacional

haya sido la amplitud de la solidaridad con Chile y simultáneamente la defensa del gobierno militar argentino, postulado desde el comienzo como variante democrática en el Cono Sur.

Pero en segundo lugar, desde 1977, la Unión Soviética se vería afectada directamente por la política esgrimida por Carter. Dentro de ese esquema cerró filas con los países alcanzados por denuncias por violaciones a los derechos humanos, a excepción de Chile.

En el caso de Chile, la URSS llegó a tomar la decisión de constituir durante noviembre de 1973, al Buró del Partido Comunista de Chile en Moscú, al que se asignó instalaciones, salarios y gastos de mantenimiento, además de la creación del Comité de Solidaridad con los demócratas chilenos.

En consecuencia, los partidos comunistas del mundo –incluyendo al PCA- al mismo tiempo que se colocaban a la cabeza de las denuncias internaciones sobre las violaciones a los derechos humanos en Chile, seguían los lineamientos de rechazo a las denuncias que recaían sobre Argentina. Un ejemplo regional de ese comportamiento puede rastrearse en las intervenciones de Luis Corvalán entonces Secretario General del PC Chileno, quien al referirse a la situación latinoamericana, omitía deliberadamente la situación en el país hermano; en cambio valoraba como un aspecto positivo el alcance que había cobrado el comercio entre algunos países de América Latina y la URSS y Cuba en la medida que asestaba un golpe a los intereses norteamericanos. En sí mismo, esto era interpretado como un signo de evolución política positiva por parte de esos gobiernos.⁶

En términos globales, puede afirmarse que si la acción norteamericana fue ejercida especialmente en la OEA de la que cual depende la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos (CIDH), cuya inspección en el país durante 1979 permitió que las denuncias del movimiento por los derechos humanos dentro y fuera del país cobrara una relevancia desconocida hasta el momento, la actividad de la URSS se concentró en Naciones Unidas.

La ONU contaba con dos órganos fundamentales en materia de derechos humanos: la Comisión de Derechos Humanos, conformada por representantes mandados por cada Estado y la Subcomisión de Derechos Humanos que agrupaba a “expertos independientes” de los estados pero designados también por estos. En relación con Argentina, pese a que las denuncias comenzaron a llegar desde fines de 1974, el activismo no conseguía que la

situación del país fuese incluida en la agenda de discusión. Desde el punto de vista técnico, para que una situación determinada fuera considerada por la subcomisión, era necesario que reuniera los requisitos comprendidos en la Resolución 1503, es decir, que se demostrara que se trataba de violaciones masivas y persistentes.

La situación argentina –aunque sin resultados positivos- es considerada por primera vez en agosto de 1976. La delegación de Estados Unidos estimaba que las denuncias configuraban un cuadro de violaciones sistemáticas a los derechos humanos por el gobierno argentino y que, por lo tanto, se ameritaba su inclusión.

Rodolfo Mattarollo, abogado de la Comisión Argentina por los Derechos Humanos (CADHU) desde 1975, es quien realiza la primera denuncia sobre las desapariciones forzadas en la Subcomisión de Derechos Humanos en el verano europeo de 1976.⁷ Ese año y el siguiente, en virtud del espacio cedido por Comisión Internacional de Juristas, consigue exponer en una sesión pública de la Subcomisión, la descripción de la metodología de las desapariciones. La mecánica por la que un particular podía hablar en las sesiones de esos organismos era ocupando el espacio de palabra concedido a organizaciones no gubernamentales con estatuto consultivo.⁸ Sin embargo, la intervención de la Unión Soviética en defensa de la Junta Militar sería clave para que año tras año, el activismo argentino viera fraguadas sus expectativas.

En la subcomisión realicé en agosto del 76 la primera denuncia formal sobre la metodología de las desapariciones forzadas en el Cono Sur y refiriéndome mas especialmente a la Argentina donde había ocurrido el golpe pocos meses antes. Luego, esta denuncia se repitió en la Comisión de Derechos Humanos al año siguiente en 1977 en donde, en esa oportunidad hablamos dos personas para denunciar esta situación, el senador Carlos Alberto Erro del Uruguay que había sido detenido en Argentina a disposición del Poder Ejecutivo y que salió al exilio con la opción y yo mismo. El resultado de esto fue que la Unión Soviética trató de cancelar el estatuto consultivo que tenían las organizaciones no gubernamentales que nos cedieron su tribuna para que nosotros habláramos en la sesión pública de estos organismos (...) En la sala estaba el Embajador Gabriel Martinez, representante de la junta militar, titular de la misión argentina ante los organismos de derechos humanos con sede en Ginebra. Y ahí comienza una guerra diplomática que duró siete u ocho años, lo que duró la dictadura, entre la diplomacia militar y el exilio argentino, que se centra sobre algunas personalidades del exilio argentino y fundamentalmente en Naciones Unidas sobre mí mismo con el argumento que yo era un abogado de la guerrilla, un terrorista en Naciones Unidas (...)

Entonces hubo una ofensiva conjunta con la Unión Soviética (...) hubo una gran irritación de la dirigencia soviética contra Amnistía Internacional y otras grandes ONG'S internacionales (...) Y realmente lograron bloquear el caso argentino, que como digo, no pasaba los filtros que existen en los sofisticados procedimientos de la Subcomisión de Derechos Humanos. Llegaban las denuncias pero las denuncias quedaban en los procedimientos confidenciales y no llegaban a la luz pública.⁹

En las Naciones Unidas tres situaciones de violaciones a los derechos humanos en el mundo eran unánimemente condenadas: la ocupación de Israel; el Apartheid en África del Sur y Chile. Argentina invariablemente quedaba excluida de la agenda.¹⁰

Durante 1977 la URSS votó tres veces en contra de la inclusión de la Argentina en la lista de países para ser investigados por la Comisión de Derechos Humanos de la ONU. Recién en 1980, pese a su voto negativo, se aprobó que Argentina fuese incluida en el procedimiento de la resolución 1503. Debido a la insistencia de Theo Van Boven¹¹, director de Derechos Humanos de la ONU, se había creado un grupo especial cuya función era observar la cuestión de las desapariciones. Para que Naciones Unidas hiciera lugar a la demanda debía demostrarse que los procedimientos internos habían sido agotados. Este requisito fue ampliamente demostrable tras el conocimiento del Informe elaborado por la CIDH en su visita durante 1979.

En febrero de 1981, durante la sesión que decidiría la continuidad o no del grupo creado, los tres gobiernos que votaron en contra de su continuidad fueron Rumania, la URSS y Argentina. Según Graciela Fernández Mejjide, el nivel de connivencia era tal que, [Desde el hemicycle de observadores de la ONU] descubrimos que éramos observados (...) [por] un hombre de unos cincuenta y cinco años, delgado, atildado, con barba, de quien se ocultó raudamente Juan Gasparini... que me dijo que el hombre se llamaba Cortés... creía que era un oficial superior de la SIDE. Ese mismo hombre, en el recinto se instalaba al lado de Gabriel Martínez, el embajador argentino y actuaba como lo haría un asesor. El día que tuvo lugar la discusión final sobre la continuidad o supresión del Grupo de Trabajo sobre Desapariciones, desde el hemicycle lo vimos ir y venir de un extremo a otro de la mesa con mensajes desde la delegación argentina hacia la Unión Soviética y viceversa. El embajador de ese país propuso dar por terminadas las tareas del grupo, con el argumento de que los 500.000 dólares que requería sostenerlo era una suma excesiva para la ONU.¹²

En consonancia obraron las sucesivas representaciones cubanas en Naciones Unidas. En este plano es indubitable que la presión ejercida por la URSS prevaleció sobre la conducta de Cuba. La imposibilidad de acceder a los archivos cubanos impide un mayor conocimiento sobre la trama política detrás de las votaciones en la ONU. Con todo, varios testimonios de militantes coinciden en señalar que el gobierno de Fidel Castro al mismo tiempo que votaba de acuerdo a la posición soviética, mantenía vínculos y reuniones con representantes de las organizaciones políticas perseguidas.¹³

Pero el bloque soviético también actuó como un bloqueo fuera del recinto de las Naciones Unidas. Los europeos fueron sensibles a lo que ocurría en América Latina, pero el golpe militar en Argentina fue percibido de manera diferente a lo que ocurría en Chile y eso daba credibilidad a la cerrada oposición de los soviéticos a desarrollar la solidaridad con los exiliados de Argentina. De conjunto, la actitud frente a las denuncias argentinas por parte de los gobiernos europeos fue de indiferencia o de crítica moderada al gobierno militar sin que estas se tradujesen en sanciones o presiones concretas para que cesaran las actividades terroristas.

Pero en cuanto al amplio espectro partidario, incluyendo los partidos de centro izquierda y de izquierda, las actitudes hacia las denuncias formuladas por los exiliados argentinos fueron ambivalentes.

Probablemente, a diferencia de Argentina, la semejanza entre el sistema de partidos en Chile y los suyos haya favorecido la identificación de los partidos democráticos y de la izquierda con el gobierno de coalición que encabezaba Salvador Allende. Asimismo la importancia que los partidos comunistas aun detentaban en Europa transformó rápidamente la solidaridad con Chile en una campaña de envergadura internacional.

Por el contrario, la situación política en Argentina provocaba seria confusión. La incomprensión del fenómeno peronista y su comparación con el fascismo favorecía interpretaciones no necesariamente negativas en relación al golpe del 24 de marzo. De igual modo, y a diferencia de Chile donde la vía electoral suscitaba el interés tanto de la izquierda como de la derecha, las noticias en torno a las actividades guerrilleras tampoco eran recibidas de buen grado y en general no se llegaba a comprender la naturaleza de los proyectos revolucionarios. El golpe era percibido como un desenlace inevitable. De allí que

las comunidades de exiliados argentinos en Europa transitaran con dificultad la labor de construcción de alianzas con los actores locales.¹⁴

...el mapa, la geografía de la solidaridad fue distinta al caso de Chile (...) Era una solidaridad de personalidades, de premios Nobel, escritores, artistas, de iglesias, de organismos de derechos humanos, de juristas, de abogados. (...) lo que nos obligaba a nosotros a una actividad creativa. Tuvimos que pagarle un almuerzo al representante del gobierno de Carter cosa que no pensamos que nos iba a ocurrir jamás (...) y bueno encontrábamos interlocutores en el gobierno norteamericano cuando los soviéticos nos cerraban las puertas. Bueno, esto nos obligaba a despabilarse y a pensar todas las energías de una manera muy creativa que creo que es lo que en definitivamente se hizo.¹⁵

En suma, la actividad de los soviéticos en el plano de la política internacional fue claramente favorable a los intereses de la diplomacia argentina y activamente opuesta al activismo afectado por el terrorismo estatal. Aunque su alianza con la Junta Militar fuese concretada en nombre de la lucha contra el imperialismo norteamericano, a la larga, favorecía los intereses de este último si se considera que el gobierno argentino, por encima de sus coyunturales desencuentros, revistaba en el área de influencia de Estados Unidos¹⁶. Como consecuencia directa, la URSS trabajó insistentemente en el debilitamiento del movimiento de denuncia argentino entrando en contradicción, inclusive, con las necesidades del propio Partido Comunista Argentino.

b. La política del PCA en el plano internacional.

En el terreno de la contienda internacional entre la dictadura y el bloque opositor, el Partido Comunista navegó en las aguas de la oscilación. En la proyección práctica de su política de “defensa táctica” de la tendencia encabezada por Videla, el PCA optó por omitir pronunciarse sobre las posiciones de los aliados internacionales de la dictadura en los foros internacionales. No denunció la política de connivencia con la Junta Militar por parte de los países socialistas y defendió este acercamiento como la prueba de la progresividad del ala moderada de los militares, contra el peligro de la imposición del pinochetismo. Por eso, en el plano de los foros, el esfuerzo del PCA se concentró –especialmente en los primeros años- en delimitarse de quienes comparaban el Proceso argentino con la dictadura chilena.

Sin embargo, el subrayado de esa distinción entre “moderados” y “duros”, aunque ficticia, debía servir a la preservación de un supuesto “espacio” desde cual se acumularían fuerzas en función de la apertura de un proceso de transición democrática. Con ese objetivo, las campañas de solidaridad con los argentinos puestas en marcha por el partido en el exterior, tenían por eje la necesidad de fortalecer la lucha dentro del país. Pero contradictoriamente, esas actividades, entraban en tensión con la política soviética. El compromiso moscovita con el gobierno militar era tal, que operó en contra de la necesidad del PCA de construir un bloque de solidaridad con Argentina que debía tener como aliados, en primer lugar, a los movimientos ligados a los países socialistas. Con todo, las tensiones nunca llegaron a transformarse en disputa, ni mucho menos a poner en cuestión la histórica defensa de la Unión Soviética por parte del partido argentino.

Otra fuente de tensión se generó en la polémica sostenida con el movimiento de denuncia argentino. El acento colocado en la necesidad de mantener un efectivo militante dentro del país se daba de bruces con la actividad de las organizaciones políticas más desarrolladas (especialmente Montoneros y PRT) y con las iniciativas impulsadas por varios organismos de derechos humanos que encontraron en la actividad internacional un eje efectivo desde donde dañar la imagen de la dictadura.

Finalmente, la oposición de principios a Estados Unidos, como reverso de la defensa a ultranza de la Unión Soviética, los llevó a oponerse a las medidas tomadas por el gobierno de Carter a partir de 1977 en relación a los derechos humanos. En la concepción del PCA, apoyar a Estados Unidos en su campaña era igual a permitir la injerencia interna del imperialismo. Sobre este punto también polemizaron con amplios sectores del movimiento de denuncia que veían en las coyunturales contradicciones entre el gobierno militar y EEUU la oportunidad de hacer visibles los reclamos sobre las desapariciones.

La caracterización sobre la situación internacional por parte del PCA partía de una premisa básica: en el conflicto este-oeste, se imponía la defensa de la Unión Soviética como reservorio del socialismo mundial y la denuncia de los Estados Unidos como principal potencia imperialista. A partir de ese eje las caracterizaciones particulares sobre cada gobierno se hacían a la luz de sus relaciones con los respectivos bloques. Aquello de que “los enemigos de mis enemigos, son mis amigos” podría, en cierto modo, aplicarse a la

posición sobre la dictadura argentina, ya que se exageraban tanto las diferencias que coyunturalmente se sostenían con Estados Unidos como los acercamientos con la Unión Soviética. El revés de la fórmula, “los amigos de mis enemigos, son mis enemigos”, era también, la forzada base a partir de la cual se explicaba que todos aquellos sectores que apoyaran la política de Estados Unidos ayudaban, intencionalmente o no, a fortalecer los planes del imperialismo en la región.

Hasta la asunción de Carter en 1977, las publicaciones partidarias se cuidaban en distinguir la connivencia pro-imperialista por parte de la mayoría de los países de la región, de la actitud asumida por la Junta Militar Argentina. Con posterioridad, el esfuerzo partidario se concentrará en contrarrestar las lecturas positivas y las expectativas que suscitaba el giro de la política exterior norteamericana.

Un ejemplo de las lecturas que predominaban en la prensa partidaria durante 1976 lo ofrece una nota publicada en mayo de ese año, en el periódico *Tribuna Popular*. En él se afirmaba:

La Argentina se mantuvo hasta ahora casi al margen de este “pool” de países latinoamericanos que, temporalmente, tienen una similitud esencial: su gobierno, el estilo de gobierno y su posición en los foros internacionales. Por sobre todo constituyen la línea delantera de la política yanqui para Latinoamérica en la OEA y en la delicada trama de relaciones bilaterales que los abruptos cambios internos obligan a abordar a los países del área.¹⁷

Si como puede leerse, Argentina estaba “*al margen*” por su “*estilo*” y por su “*posición internacional*” significaba no solo que allí no había triunfado una “dictadura” (término que no aparece sino hasta 1982 en los periódicos y documentos del partido) sino que su gobierno se mantenía por fuera de la línea delantera del imperialismo en la OEA.

Por esa razón, aunque se peticionaba por la situación de los presos sin proceso, preocupaban los alcances que empezaba a tomar la campaña de los argentinos en el exterior y las consecuencias que pudieran tener sobre la interna de las Fuerzas Armadas. Una vez más se insistía que la crítica al gobierno argentino desplegada por la “ultraizquierda” solo podía fortalecer a la “ultraderecha”.

En ocasión de la 61 Asamblea Anual de la OIT, la prensa comunista *Movimiento Obrero*, sintetiza la opinión del partido de la siguiente manera:

Como era de esperarse, en el movimiento obrero internacional se había creado después del 24 de marzo explicables inquietudes con respecto a la situación argentina. Los sectores de ultraderecha y de ultraizquierda, que en lo interno despliegan un terrorismo caótico, en el orden externo trabajan para desautorizar al gobierno argentino indentificándolo con las dictaduras sangrientas de los países limítrofes, con el fin de producir su sanción en los organismos internacionales, como merecidamente ha ocurrido con Chile. Por tal motivo, los sectores sindicales más conscientes, vinculados a la Federación Sindical Mundial¹⁸ han hecho conocer a ésta y a las centrales obreras de varios países la verdadera situación política que atraviesa la Argentina, así como las contradicciones que se plantean entre los sectores militares y civiles democráticos y los que buscan imponer el modelo represivo recomendado por la CIA. Situación ante la cual aconsejaban el reconocimiento de la delegación argentina en la OIT y el apoyo a los reclamos de normalización sindical, libertad de los presos a disposición del Poder Ejecutivo y respeto de los derechos humanos, actitudes que no niegan sino afirman la lucha contra el terrorismo.¹⁹

El extracto recortado es ilustrativo de la opinión sostenida por el partido inicialmente. La alusión a la “*verdadera situación Argentina*” dejaba entrever que las denuncias que asociaban el terrorismo con el gobierno eran una exageración que se imponía desmentir para fraguar las posibilidades del “*modelo represivo recomendado por la CIA*”. Por esa razón mientras las sanciones internacionales a Chile eran “merecidas”, el trato hacia su par argentino debía ser distinto. En consecuencia, el reconocimiento de la delegación argentina en la OIT debía ser un vehículo desde el cual presionar para la concreción de los reclamos. Con la asunción de Carter a la presidencia en enero de 1977 el PCA toma inmediata posición.

A juzgar por los reportajes que diversos diarios y revistas han publicado, la medida del gobierno de los Estados Unidos de reducir el crédito militar a la Argentina como represalia por la supuesta violación a los derechos humanos en nuestro país ha sido recibida con absoluta reprobación por todos los sectores de la ciudadanía (...) al condenar una medida que todos han considerado como una repudiable intromisión.²⁰

Sin discutir la veracidad de las denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos en Argentina, ni las razones por las cuales dos históricos aliados podían encontrar zonas de tensión, se imponía repudiar la medida norteamericana por “*intromisión*”. La referencia al “*todos*” no solo señalaba su propia inclusión en esa corriente de repudios, sino que marcaba la imposibilidad de sostener una opinión contraria sin quedar al margen de un

supuesto sentir de la “*ciudadanía*”. Esta opinión inicial, como se verá más adelante, fue fundante de un debate sostenido con numerosos sectores del movimiento de denuncia dentro y fuera del país, incluyendo los organismos de derechos humanos en los que el partido intervenía con funcionarios propios.

Un año más tarde se ratificaba esa lectura. Desde las páginas de *Coincidencia*, en una nota titulada “derechos humanos, la paja y el trigo” y en otra publicada un mes después, “Pat Derian y los derechos humanos” se decía:

Estados Unidos jugó la carta fuerte de los derechos humanos para ahogar otras discusiones candentes en el seno del organismo interamericano. Pero además confirmó una línea de directa presión, e injerencia en asuntos internos, so pretexto de la defensa de las libertades esenciales del hombre.²¹

Por los medios que emplea y sobre todo por sus fines, la campaña de Carter que invoca la defensa de los derechos humanos en América Latina es una bandera del intervencionismo norteamericano. Así, la Argentina vio bloqueado ahora en el Eximbank un crédito que tenía por destino la compra de turbinas para Yaciretá, procedimiento similar al que la banca yanqui utilizó en Méjico para obtener una rebaja en el precio del gas natural o al chantaje del Fondo Monetario Internacional en el Perú con el fin de revertir las reformas socio-económicas y políticas iniciadas en 1968 por Velasco Alvarado.²²

Sin embargo, el componente polémico de la caracterización del PC no estribaba en la denuncia de los “verdaderos” intereses norteamericanos en la región. Las presiones económicas eran tan reales como constitutivas de la política de Estados Unidos. El debate, entonces, se generaba a partir de la supuesta incompatibilidad de principios entre la denuncia del imperialismo y el aprovechamiento de la ocasional tribuna que proporcionaban los desencuentros entre ambos países.

En ese sentido, la cancelación de la OEA como terreno apto para la difusión propagandística del movimiento de derechos humanos entroncaba con algunos argumentos de la propaganda militar en relación al supuesto “boicot al país” o campaña “antiargentina”. Pero en los planes del PCA las intenciones eran otras. La campaña por la “no injerencia” debía cooperar en el proceso de acumulación de fuerzas a favor de un bloque político antiimperialista. La expectativa en la evolución progresista de las Fuerzas Armadas seguía operando como el espejismo que justificaba el andar por un camino pedregoso y desierto.

El gobierno, a través del canciller, vicealmirante Oscar Antonio Montes, condenó en la Octava Asamblea General de la Organización de los Estados Americanos (OEA) “la actitud de aquellos miembros de la comunidad continental que se arrojan prerrogativas sobre problemas ajenos”. Al

reiterar esta legítima actitud del país, Montes invitó a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos a investigar la situación de tales derechos en la Argentina.

Al cierre de esta edición, el organismo había condicionado su visita a las atribuciones que el gobierno fijase para desempeñar eficazmente su labor. El hecho no resta importancia a la actitud asumida por el canciller, que en los dos carriles por los que transcurrió –condena a la injerencia, invitación a un examen in situ– constituyó una respuesta a la intervención de James Carter.

Sistemáticamente, el PCA renunciaba a la posibilidad de mantenerse en una posición independiente para tomar partido por uno de los dos bandos; en este caso la condena a la política de EE. UU por parte del Canciller Montes era transformada en un acto de dignidad y defensa de la soberanía ocultando el encubrimiento del andamiaje terrorista puesto a funcionar por el gobierno de las Fuerzas Armadas.

No obstante lo anterior, debe aclararse que todos los testimonios coinciden en señalar que la negativa del PCA a aprovechar las posibilidades que ofrecía la política de Carter, no impidió que frente a la consumación de la visita de la CIDH en 1979 militaran enérgicamente en la compilación y clasificación de las denuncias acumuladas a lo largo de tres años.

Un elemento más completaba la caracterización sobre las posibilidades que la situación política abría. En la misma nota citada recientemente se decía:

En la anterior edición de *Coincidencia* se señaló ya que el rechazo a cualquier boicot al país que exhiba como bandera los derechos humanos, tiene su razón de ser en las condiciones en que se desenvuelve aquí la batalla por la democracia.²³

Esta última evaluación que hacía el Partido Comunista, “*el rechazo al boicot... tiene su razón en las condiciones en que se desenvuelve aquí la batalla por la democracia*”, no debe pasarse por alto en la medida que se consideraba que siempre que en Argentina el pinchetismo no consiguiese hacerse con el poder, existían posibilidades de librar una batalla política por la democracia. Dicho de otro modo, el debate con quienes tomaban el camino del exilio, se fundamentaba en la creencia de que la salida del país no estaba plenamente justificada y que restaba fuerzas a los sectores democráticos dentro del país. Esta apreciación permitía homogeneizar a la militancia ofreciendo argumentos que

ayudaban a construir un imaginario de “heroísmo” sobre el partido que estoicamente decidía quedarse fuesen cuales fuesen las adversidades por venir.

En consecuencia, en el terreno práctico de la contienda política internacional, el PCA se veía obligado a terciar entre la denuncia a EEUU, la política de los exiliados argentinos que alimentaban las denuncias norteamericanas y la Junta militar. El principal obstáculo que presentaba la denuncia a la política norteamericana era que los enfrentaba objetivamente con el trabajo de los activistas que, dentro y fuera del país, intentaban incidir en los resquicios de la coyuntura capitalizando la presión que la principal potencia mundial podía ejercer sobre la dictadura. Un ejemplo de ello es dado por Graciela Fernandez Meijides, quien relata cómo hasta el momento en que la CIDH decide realizar la visita *in loco* a la Argentina, los miembros del Partido Comunista más activos dentro de la APDH se oponían a las gestiones de los organismos ante la OEA. Solo cuando la realidad se impuso con su propia fuerza los militantes cejaron en su oposición y comenzaron a militar a favor de la campaña.²⁴

De manera que lo que ocurría en la arena internacional no resultaba indiferente a la estrategia del comunismo. Desde comienzos de 1977, esta preocupación comenzó a traducirse en reuniones con el Movimiento Comunista Internacional y los países socialistas con el propósito de hacer circular su propia versión sobre lo que ocurría en Argentina y preparar las condiciones para la organización de un equipo del partido en Europa.

Sin embargo, en Europa occidental el cuadro presentaba matices. Aunque la situación de Argentina fuese difícil de asir para el progresismo europeo, incluyendo al comunismo, no todos los PC se mantuvieron indiferentes frente a los reclamos de la militancia argentina aun cuando aquello implicaba desplazarse de las posiciones pro-soviéticas. Indudablemente, el debate en relación al eurocomunismo también se expresaba en el terreno de la solidaridad con los argentinos que podían aprovechar en su favor las diferencias suscitadas. Así habría ocurrido con el Partido Comunista Italiano y el Español, países que se habían transformado en los mayores centros de denuncia y sede de residencia de las direcciones de las principales organizaciones político militares: ERP y Montoneros.

Estas diferencias al interior del Movimiento Comunista Internacional y el eficaz desarrollo de las acciones de los exiliados movieron al PCA a enviar un cuadro propio con el objetivo de organizar a los suyos en el viejo mundo. A partir de marzo de 1977 el Comité Central

del PCA decide enviar a Italia a Enrique Gigena, veterano dirigente rosarino del gremio ferroviario, cesanteado desde 1976 y miembro del Comité Central (C.C.). Durante todo ese año, Gigena se dedica a prepararse y familiarizarse con el trabajo de sus compañeros en los organismos de derechos humanos, especialmente la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. En diciembre de ese año, parte a Italia con el propósito de organizar allí y en España un equipo de trabajo que respondiese a la línea partidaria. La elección de Gigena como cuadro principal del comunismo argentino en Europa estaba ligada tanto a su experiencia como organizador del partido como por su pertenencia al C.C., rol que le permitía debatir en paridad con las direcciones del resto de las organizaciones argentinas y con los partidos comunistas europeos.

El debate con el exilio europeo derivaba de las profundas diferencias políticas sobre la situación en Argentina. Para el PCA, en la medida que el pinochetismo no había conseguido imponerse, el devenir del “Proceso” se encontraba abierto y las chances de una salida democrática encabezada por el sector liderado por Videla y Viola no podían ser descartadas. Mas aun, que se fortalecieran, dependía de la acumulación de fuerzas de las que fuesen capaces los sectores progresistas dentro del país. Por lo tanto, el exilio en masa provocaba desprotección entre quienes quedaban, y en consecuencia, el debilitamiento de cualquier reclamo democrático. Pero no era el único motivo de polémica con las organizaciones en el exilio. Los comunistas evaluaban que la denuncia que Montoneros y el PRT ejecutaban contra el gobierno de Videla, calificando al régimen militar de “dictadura”, “fascista” y “terrorista”, provocaba el debilitamiento del sector moderado al tiempo que fortalecía las ambiciones de la derecha fascista. Finalmente, y como derivación lógica de los puntos anteriores, el PCA afirmaba que era posible vivificar la militancia dentro del país y por esa razón, la búsqueda de solidaridad con los exiliados no podía transformarse en un fin en sí mismo. Al contrario, la solidaridad debía consistir en conseguir pronunciamientos políticos, visitas de personalidades a Argentina y aportes económicos para quienes luchaban dentro del país. Sobre este punto, el comunismo, no admitía la posibilidad de que los exiliados transformasen su residencia en el exterior en permanente, y mucho menos que el eje de su actividad fuese la construcción de organismos políticos en el país de acogida.

Cuando Gigena llega a Italia a fines de 1977 y al poco tiempo se traslada a Madrid. Molecularamente, contactando y reagrupando a los militantes que habían salido al exterior a

pesar de la posición partidaria, comienza a estructurarse una corriente de solidaridad en varios países de Europa. Aunque nunca fueron demasiado numerosos, la existencia de militantes en distintos países permitió que la posición del partido circulara por todo el continente e influyera en varias organizaciones políticas.

...Estamos hablando... primero dos, mi primer contacto fue la Negra Sara y Raúl, los dos artistas, uno había sido inclusive de la comisión directiva del gremio de actores, acá en Argentina, esos fueron los primeros y comienzo con ellos a tender las redes, después se incorpora uno más y su señora, este compañero era economista, y otro y otro. [luego] una cantidad de amigos del sector de artistas, Lautaro Murua, la hermana de Norma Aleandro... y se fue armando un grupo. Y armamos un grupo bastante numeroso y activo dentro de Madrid. De Madrid me trasladé a Barcelona; tenía la vinculación con un par de amigos; trabajaban allá y con ellos organizamos un grupo en Barcelona. Ya había estado en Italia, había ubicado a uno que me ayudó, un argentino que vivía allá, y con él, nos vinculamos con un matrimonio y sus dos hijos en Florencia y armamos un grupo, un grupo también en Roma. Teníamos un compañero abogado en Francia, en París, un cordobés, David Neistaf (...) y con él organizamos un grupo en París y una relación con una compañera de la Liga por los Derechos del Hombre francesa que además era internacional y que además tenía estatus de organismo consultivo en Naciones Unidas. Por lo tanto con ellos, todos los años íbamos a Ginebra a plantear las cosas. Y, teníamos muy buenas relaciones con Comisiones Obreras, Partido Comunista, con el Partido Socialista de España, con la UGT, la central de trabajadores socialistas y con el Unión de Centro Democrática, estaba Suarez en el gobierno, teníamos llegada con dirigentes de primer nivel (...) Después organizamos un grupo de apoyo en Bruselas y uno en Amsterdam, muy poquito, pero con la ayuda del partido pudimos organizarlo; un grupo de trabajo en Inglaterra, cerca de Londres, y un grupo de trabajo bastante importante en Estocolmo que a su vez tenía relación con Noruega y con Finlandia. Nosotros hacíamos, Comisiones Obreras nos editaba el periódico y nos hacía mas o menos, 1200, 1400 ejemplares e iba a organizaciones de 16 países, y bueno, algunas con idioma inglés pero de alguna manera se enteraban.²⁵

Como puede apreciarse, sin llegar a ser masiva, la presencia comunista logró una influencia territorial considerable ayudándola a cobrar una fisonomía definida. Al poco tiempo, comienzan a denominarse como Movimiento de Solidaridad con los Argentinos y a editar un periódico mensual que resumía las principales novedades políticas de acuerdo con la línea editorial del partido. Pero, aunque los contactos proporcionados por el Movimiento Comunista Internacional fueron de gran ayuda, la discusión con el eurocomunismo era un

motivo de tensión. Al ser preguntado por la relación con los partidos comunistas europeos, Enrique Gigena cuenta

En el Comité Central debatimos todo esto... vos vas a organizar la solidaridad hacia Argentina (...) Si hay debates, debatís, aunque no públicamente. Si tenés respuesta para todo las das, sino no, decís que tenés que consultar con el Comité Central; pero relaciones fraternales y amistosas con todos. No vamos a sacar nada a nadie, y la política de partido a partido la discute la dirección nacional de cada partido y los miembros del comité central que cada dirección determine. Eurocomunismo no existe para vos. Por supuesto, yo me siento con los compañeros del Comité Central español y te dicen “porque nosotros...” Cuando toman aire para respirar vos le decís “compañero, conozco las posiciones que tenemos cada uno, no vengo a discutir eso, vine a esto, esto y esto y vengo a pedir la solidaridad, lo demás, por la vía que corresponde, cada uno sabe dónde debatir. De modo que nosotros soslayábamos eso. (...)

¿Entonces la reacción del PCE y el PCI fue buena?

En general ellos tenían algunas críticas, pero una visión coincidente en cuanto a que había que estar adentro. Eso era básico para ellos. “Nosotros vivimos la experiencia de la guerra civil con todos afuera, y los demás, italianos, franceses vivimos la experiencia de la ocupación y necesitamos organizar una batalla adentro, para hoy y para mañana.

Evidentemente las tensiones entre los partidos no podían dejar de incidir en el plano de la relación que los comunistas europeos establecían con el activismo argentino. Sin embargo, la apelación a la tradición antifascista del comunismo internacional parece haber tendido el puente para acercar posiciones; este aspecto, no obstante, no dejaría de ser paradójico toda vez que el PCA se esforzaba por clarificar el carácter no fascista del gobierno militar. De modo que, contradictoriamente, cuando radicalizaba sus posiciones podía encontrar mayor recepción de los reclamos solidarios. En la misma dirección Enrique recuerda en términos de “muy efectiva” una actividad realizada junto a Montoneros para la televisión española en la que aparecían ofreciendo testimonio sobrevivientes montoneras de los campos de concentración. Una vez más, cuando el comunismo se apartaba de su posición moderada y aparecía en franca oposición a la dictadura, conseguía mejores resultados.

Mismas reacciones aparecían entre los propios militantes del PCA en el exterior. Habiendo salido del país contra la orden del partido que instaba a sus militantes a quedarse, elegían

sumarse a la militancia siempre que pudieran ubicar en el partido espacios de franca oposición al régimen que los había expulsado. En general, cuando los militantes comunistas partían al exilio lo hacían habiendo dejado atrás alguna situación concreta de represión sobre ellos o sobre sus familiares. De manera que la lectura que transformaba a Videla en la versión moderada de los uniformados causaba una incomodidad aun mayor a la que se registraba, aunque subterráneamente, entre algunos sectores minoritarios de la militancia en el país.

El imperativo del partido sobreimprimía en los militantes la sensación de heroísmo estoico cuando decidían quedarse, o de culpa o rechazo entre quienes marchaban. Para José Shulman, por ejemplo, a pesar que había sufrido varios atentados en su domicilio de Rosario desde fines de 1975 hasta su detención, irse del país,

...sencillamente no era una opción. No la considerábamos como opción, aunque hubo algunos militantes comunistas que pidieron la opción de la cárcel y se fueron (...) Pero bueno, nosotros, debería decir para serte sincero, que nosotros, en aquellos años, nos guiábamos en las cuestiones que tenían que ver con la seguridad por lo que decidía nuestra organización, por lo tanto, no la discutíamos como opción, no estaba... sí éramos conscientes, está planteado en el libro²⁶, éramos conscientes de que corríamos peligro, no es que no imaginábamos que había peligro pero sencillamente considerábamos la idea de estar acá sin mucho pensarlo.²⁷

De manera que, la decisión de marchar al exilio era necesariamente difícil en los militantes del PCA. Aunque el tema resulte difícil de abordar, el propio Enrique Gigena desliza las dificultades que tuvo en el reclutamiento de los militantes en Europa, a quienes debía citar “más de una vez a tomar un café” para intentar “convencerlos”, que lo que importaba era defender a los compañeros que habían quedado dentro del país trabajando por la solidaridad desde dónde estuviesen. El sentido de pertenencia partidaria, la disciplina política y la adhesión afectiva construida hacían el resto del trabajo.

Un último elemento debe ser considerado, el impacto que las posiciones de la URSS en Naciones Unidas tenían sobre la política del partido argentino. Aunque sobre este punto aun no es posible realizar afirmaciones concluyentes las fuentes analizadas indican que el Partido Comunista Argentino aceptó sin oposición el accionar de la Unión Soviética asumiendo que el conflicto con Estados Unidos se encontraba por encima de las

particularidades de cada país. De modo que si la URSS actuaba en función de sus intereses estatales, interferir en ellos sería igual a trabajar contra el reservorio del socialismo mundial. Fernandez Mejjide, por ejemplo, cuenta en la entrevista realizada que en ocasión del viaje realizado por la delegación de la APDH a Europa para participar de un Coloquio en París y luego asistir a las Sesiones de Naciones Unidas en Ginebra, Alberto Pedroncini, abogado comunista e integrante de la comitiva, evitó acompañarlos a las entrevistas que habitualmente pedían a los delegados que participaban representando a los distintos países. Invariablemente los soviéticos se negaban a recibir las denuncias que llevaban los argentinos. En este sentido, Enrique Gigena deja entrever la existencia de tensiones al relatar las dificultades que encontró al solicitar a los países socialistas que pusieran a disposición de la campaña del partido argentino la solidaridad de los movimientos internacionales. Como puede verse, los compromisos políticos asumidos por los soviéticos con la Junta Militar eran suficientemente profundos como para que limitaran el trabajo del propio comunismo argentino, que al contrario, al calor de la represión caída sobre sus propias filas era obligado a radicalizar sus posiciones y redefinir la amplitud de sus alianzas hacia un sector abiertamente opositor al régimen militar.

A modo de conclusión

En la presente ponencia se presentaron algunos resultados de la exploración realizada sobre un aspecto de la historia reciente del Partido Comunista Argentino: la traducción práctica de la política sostenida durante la dictadura en terreno internacional. En la sistematización de ese esfuerzo se intentó poner en evidencia cómo, con independencia del papel de la Unión Soviética, la política del PCA en este periodo fue un resultado genuino de su estrategia y de su programa político. La búsqueda de un frente con los sectores progresistas operaba como guía de una construcción que en la práctica tenía límites suficientemente flexibles como para justificar acuerdos con elementos de dudosa vocación democrática, pero que vistos a la luz del acecho de la extrema derecha eran presentados como variantes aceptables.

De igual manera, la defensa indiscutible de la URSS obligaba al PCA a sostener o defender acciones que entraban en directa contradicción con los intereses democráticos de los sectores a los que decía representar. Como quedó expuesto en el desarrollo del trabajo, la

URSS actuó en los foros internacionales en común con el gobierno militar para frenar las denuncias sobre violaciones a los derechos humanos.

En consecuencia, en el terreno de la actividad partidaria el conjunto de esas caracterizaciones se traducían en el desarrollo de una política de moderación que al mismo tiempo que hacía silencio sobre el accionar soviético en los foros, entorpecía las acciones de denuncia puestas en pie por los argentinos en el exilio que buscaban que la dictadura Argentina fuese tratada en los mismo términos que la chilena.

Sin embargo, las contradicciones y los espacios de tensión abrían fisuras por donde se retomaba un trabajo consecuentemente opositor. En efecto, era en los cruces con la realidad, cruel refutadora de los altares al pragmatismo, donde los militantes más honestos podían encontrar la manera de reconocer ese descolorido hilo rojo.

¹ Véase, Echague, Carlos, *El Socialimperialismo Ruso en la Argentina*, Buenos Aires, Agora, 2da Edición, 1986; Brega, Jorge, *El Maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*. Buenos Aires: Agora, 1990.

² Gilbert, Isidoro, *El Oro de Moscú*, Buenos Aires, Planeta, 1994; Campione, Daniel “El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria.” Méjico D.F. *Coloquio internacional: El comunismo: otras miradas desde América Latina* y del mismo autor “Los comunistas argentinos. Bases para la re-construcción de su historia” en *Periferias*, Año 1, Número 1, segundo semestre 1996

³ La política de “distinción” consistía en la concreción de acuerdos que provocaran una relajación de las tensiones con la Unión Soviética, mientras que la “contención” implicaba el apoyo a los gobiernos anticomunistas allí donde podían. Este apoyo desconsideraba la naturaleza de su régimen político así como la existencia o no de prácticas que violaban los derechos fundamentales.

⁴ En este sentido, es notable que las tratativas bilaterales crecieran en forma inversamente proporcional al empeoramiento de las relaciones argentino-norteamericanas. Como veremos Estados Unidos bajo la administración de Carter ejerció una fuerte presión internacional que afectaba la “imagen” de moderación que quería construir el gobierno de la Junta Militar. Estas denuncias se tradujeron en sanciones que incluyeron, en febrero de 1977, la reducción de ayuda militar, y en octubre de 1978, la aplicación de la enmienda Humphrey-Kennedy a la “Ley de Asistencia al la Seguridad” que prohibía el otorgamiento de créditos y la participación en programas de entrenamiento militar hasta que no cesaran las violaciones a los DD.HH en Argentina. En este contexto desfavorable resulta lógico que el gobierno argentino asumiera una actitud de apertura respecto de las propuestas soviéticas.

⁵ La profundidad de las fricciones eran, sin embargo, limitadas, no afectando el alineamiento común detrás de la defensa del orden occidental y capitalista. Desde el punto de vista de la política económica de la dictadura, debe recordarse que el programa de Martínez de Hoz fue bien recibido por los centros económicos estadounidenses.

⁶ “... *En verdad, la consolidación de la Revolución Cubana marca un punto de viraje en la historia de América Latina (...)* Las exportaciones de América Latina a los Estados Unidos representaban en 1950 el 50% del total. En 1974 habían descendido al 32% (...) *Las tendencias a la integración y la cooperación económica, el restablecimiento por doce países del área [latinoamericana] de relaciones con Cuba, el establecimiento de relaciones de la Unión Soviética y de la RDA con numerosas naciones de nuestro*

continente, la forma en que varios países latinoamericanos votan en los organismos internacionales, a menudo en contra del criterio norteamericano, son algunas de las tantas pruebas de esos nuevos fenómenos". Luis Corvalán, *Informe al pleno de agosto de 1977, del comité central del Partido Comunista de Chile*. 1977. Archivo del Cedinci. CPI. p. 35

⁷ La Comisión Argentina por los Derechos Humanos (CADHU) estaba formada fundamentalmente por abogados y militantes vinculados a distintas organizaciones revolucionarias, aunque con predominio de Montoneros y del PRT-ERP.

⁸ Debe recordarse la importancia que para el exilio tuvo la presión internacional de organizaciones no gubernamentales como Amnistía Internacional, Cruz Roja, Justicia y Paz, entre otras.

⁹ Memoria Abierta, *Testimonio de Rodolfo Mattarollo*, Buenos Aires, 20032003

¹⁰ Pueden consultarse on-line las resoluciones anuales de Naciones Unidas desde 1946 en adelante. En la documentación a partir de 1976 estos países siempre ocupan gran parte de los debates y los esfuerzos comunes. La Argentina no aparece en ningún caso. <http://www.un.org/documents/resga.htm>, consultado el 1 noviembre de 2010.

¹¹ Fernandez Meijide, Graciela, *La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, p,173

¹² Idem, p,176

¹³ Idem, p, 27

¹⁴ Para un mayor desarrollo sobre las dificultades de los exilados argentinos en Europa véase el trabajo de Marina Franco *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008 y Silvina Jensen, *Los Exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura* Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

¹⁵ Memoria Abierta, *Testimonio de Rodolfo Mattarollo*, Buenos Aires, 20032003

¹⁶ Por su parte, la Junta Militar procuraba evitar el aislamiento internacional y, como su contraparte, precisaba de aliados para oponerse a las denuncias internacionales por violaciones a los derechos humanos. En este sentido, el crecimiento del volumen del comercio con la Unión Soviética -en tanto favorecía las cuentas argentinas- no solo fue un motivo que por sí solo justificaba el acercamiento con la nación comunista, sino que permitió al gobierno de la Junta Militar mantener un grado de independencia política que favoreció las negociaciones con Estados Unidos. No casualmente la actitud del gobierno estadounidense hacia Argentina en relación a las denuncias internacionales solo comenzaría a modificarse cuando esta se opone a participar del boicot cerealero a la URSS, es decir cuando el favor del país sureño resultaba vital para los planes norteamericanos.

¹⁷ Tribuna Popular, Año I, N°7, 19 de mayo de 1976, p, 13

¹⁸ La Federación Sindical Mundial (FSM) es una federación internacional de sindicatos de tendencia comunista fundada el 3 de octubre de 1945 en París.

¹⁹ *Movimiento Obrero*, Año I, N°2, 1 de julio de 1976, p, 2

²⁰ *Movimiento Obrero*, Año I, N°20, 30 de marzo de 1977, p, 2

²¹ *Coincidencia*, Año I, N° 16, 11 de julio de 1978, p, 4

²² *Coincidencia*, Año I, N°19, 15 de agosto de 1978, p, 3

²³ *Coincidencia*, Año I, N°15, martes 27 de junio de 1978, p, 4

²⁴ *Graciela Fernandez Meijides*, 80 años aprox., dirigente política y entonces dirigente de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Ciudad de Buenos Aires, 11 de febrero de 2010.

²⁵ *Enrique Gigena*, 83 años, dirigente del Partido Comunista, Rosario, 7 de febrero de 2011.

²⁶ Se refiere al libro de su autoría, *Los Laberintos de la Memoria*, Buenos Aires, El Folleto, 2008

²⁷ José Ernesto Schulman, 60 aprox., dirigente del Partido Comunista y preso político durante la dictadura militar, Ciudad de Buenos Aires, 28 de octubre de 2010.

Bibliografía:

- Brega, Jorge, *El Maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*. Buenos Aires, Agora, 1990.
- Campione, Daniel “El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria.” Méjico D.F. *Coloquio internacional: El comunismo: otras miradas desde América Latina* -----“Los comunistas argentinos. Bases para la re-construcción de su historia” en *Periferias*, Año 1, Número 1, segundo semestre 1996
- Cernadas, Jorge; Tarcus, Horacio, “Las izquierdas argentinas y el golpe del 24 de marzo de 1976. Una selección documental”, *Políticas de la Memoria*, verano 2006/2007 N° 6/7
- Corvalán, Luis, *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, Santiago de Chile, LOM, 1997
- Echague, Carlos, *El Socialimperialismo Ruso en la Argentina*, Buenos Aires, Agora, 2da Edición, 1986
- Franco, Marina, *El Exilio, argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008
- Gilbert, Isidoro, *El Oro de Moscú*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Jensen, Silvina, *Los exiliados, la lucha por los derechos humanos durante la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010
- Leis, Héctor, *El Movimiento por los Derechos Humanos y la Política Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1989
- Fernandez Meijide, Graciela, *La historia íntima de los derechos humanos en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009
- Schulman, José Ernesto, *Los laberintos de la memoria*, Buenos Aires, El Folleto, 2008
- Varas, Augusto, *De la Komintern a la Perestroika. América Latina y la URSS*. Santiago de Chile, Flacso, 1991
- Vacs, Aldo César, *Los Socios Discretos*. Buenos Aires, Sudamericana, 1984